

XV

Continuacion de las nociones sobre la historia del Japon.—Iniciativa de los Estados Unidos y de algunas Potencias Europeas para celebrar tratados con el Imperio.—Su aceptacion por parte del Shogun y su repulsa por parte del Mikado.—Atentados contra los extranjeros.—Division entre los nobles.—Conferencias del Mikado y del Taikun.—Hostilidades.—El emperador aprueba los tratados.—Fin del Shogunado.—Guerra civil y su termino.—Patriotismo y abnegacion de la nobleza.—Organizacion actual del Gobierno.



a civilizacion de nuestro siglo es expansiva, y no permite que diques de hielo, de fuego ó de preocupaciones nacionales la detengan en su conquista de la tierra. Ya está en Asia, ya está en Africa, ya pobló la Oceanía, ya exploró las regiones polares, ¿cómo habia de tolerar el aislamiento de 40 millones de hombres que pueblan el Japon, y que pueden recibir tanto y dar tanto en el comercio universal? Qué ¿tiene derecho un pueblo para sustraerse á la sociabilidad, que es la ley del mundo? ¿Hay conquistador mas justo y mas laureado que el progreso? ¿Es debido, es posible resistirlo?

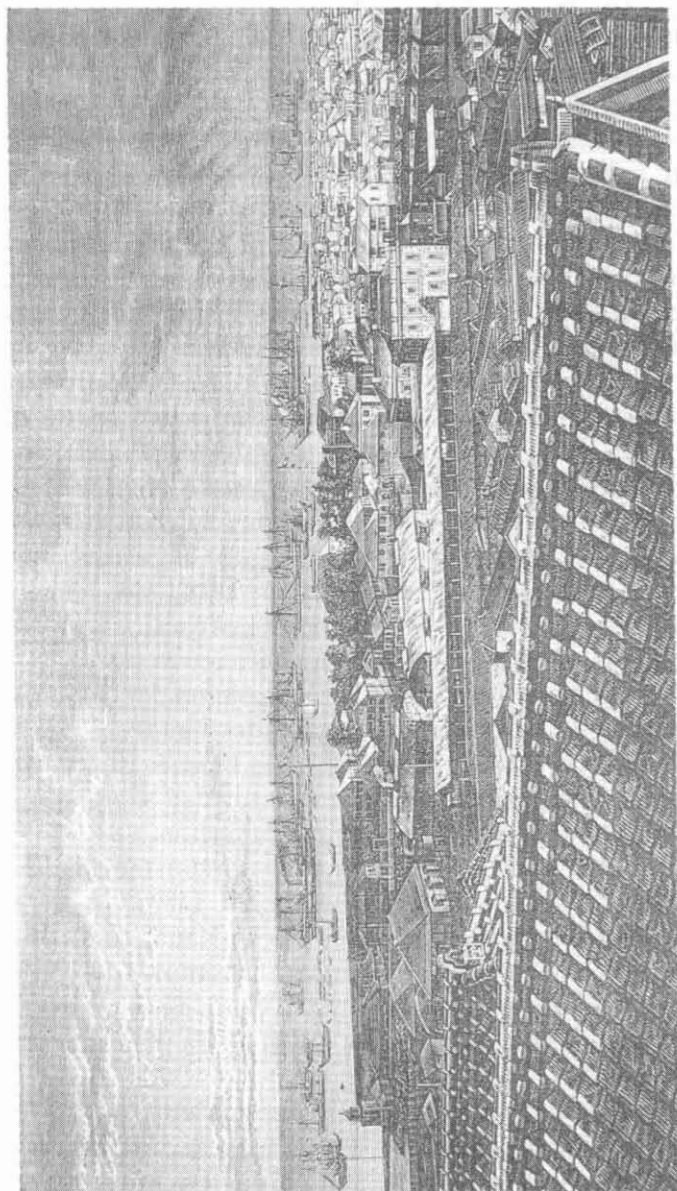
En 1853 los Estados Unidos de América, secundados poco despues por la Francia, la Inglaterra y la Holanda, tomaron una vigorosa iniciativa para entrar en relaciones internacionales con el Japon. Cuatro buques de guerra al mando del comodoro anglo-americano Perry

se presentaron en Uraga, punto poco distante de Yedo, la capital del Taikun. El Presidente Fillmore pedia al Gobierno del Japon la celebracion de un arreglo internacional que contuviese estos puntos: proteccion á los buques y marinos americanos, que el naufragio ú otro desastre marítimo condujese á aquellas islas; permiso para entrar á uno ó mas de los puertos del Japon con el objeto de proveerse de víveres, ó de repararse para continuar su navegacion; permiso para establecer un depósito de carbon en alguna de las islas; libertad para hacer el tráfico en un ó mas puertos del Imperio.

No es difícil imaginarse el efecto que esta aparicion y estas demandas produjeron en la Corte del Shogun, y el eco con que resonaron en el país, despues de tres siglos de silencio. Los miembros del Gobierno, los nobles, los militares, se reunieron y deliberaron; se emitieron opiniones en todos sentidos, y al fin predominó la de pedir un plazo considerable al comisionado americano, por tratarse de un asunto de tanta trascendencia, que no podia resolverse sin gran meditacion. El comisionado consistió, anunciando que en la próxima primavera volveria por la respuesta.

Entretanto murió el Taikun Iyé-Yoshi, y le sucedió su hijo Iyé-Sada.

En el siguiente año, 1854, la flotilla americana se presentó de nuevo. Era preciso dar la respuesta prometida, y el asunto se trató otra vez en consejo. El elemento civil se oponia á toda convencion; pero el elemento militar declaró que no podia luchar; los soldados, despues de una paz tan prolongada, no estaban aguerridos; sus armas y máquinas de guerra eran muy inferiores á las de los «barbudos y feos extranjeros;» no tenian marina con que resistir á los «millares» de buques de guerra con que circundarian completamente las costas del país; no habia tierras para recompensar á los soldados, porque todas las del Japon tenian ya propietarios; era mejor recibir



Vista general de Yokohama, tomada desde la colina del Norte

á los extranjeros, ponerse a su altura, y despues habria tiempo para expulsarlos y conquistar sobre ellos nuevos territorios.

Probablemente no faltaron hombres ilustrados que opinaran por las relaciones extranjeras; pero por lo tanto solo se obedeció á una presion irresistible, y se celebró el tratado que pedia el comodoro anglo-americano. El Taikun daba con esto un paso muy grave; pues no era presumible que la Corte de Kioto estuviese de acuerdo en un hecho de tanta trascendencia, y sin embargo, era indispensable la aprobacion del Mikado.

En efecto, los enviados de Yedo fracasaron en Kioto. El Emperador, despues de oir los pareceres de los príncipes de la sangre y de los grandes dignatarios, rehusó su consentimiento á los tratados. El lenguaje en el Palacio de las Nueve Puertas fué mas antiguo y menos práctico que en el Castillo del Shogun: «nuestros antecesores rehusaron siempre entablar relaciones con los pueblos extranjeros, ¿cómo hemos de permitir ahora que profanen una sola pulgada de nuestro territorio?»

Tremenda era por cierto la posicion del Gobierno del Shogun. Por una parte, los Estados Unidos, Inglaterra y Francia con sus tratados y sus buques de guerra; por otra parte, la resistencia de la autoridad sagrada que verosímilmente seria apoyada por la nacion.

La Corte de Yedo, en estas circunstancias, dió pruebas de sagacidad y de ilustracion. Llamó al poder á un hombre superior, Yi-Kamon-no-Kami, quien fué nombrado Regente del Taikunado, y rompiendo con el pasado, se echó en brazos del porvenir. El Shogun demostraba así con su conducta que todavía era el soberano efectivo.

Quedaron celebrados y puestos en práctica los tratados con las potencias extranjeras; y se designó á Kanagawa y despues á Yokohama para residencia de los cónsules, de los ministros diplomáticos y de los comer-

cientes. El Regente desplegó grande energía é inteligencia en la prosecucion del partido que habia abrazado; por la muerte de Iyé-Sada, aseguró la eleccion de Shogun en la persona de Iyé-Mochi, contra el candidato del partido anti-extranjero; muchos príncipes y nobles que, de acuerdo con la Corte de Kioto, se oponian á los tratados y fraguaban la destruccion del Taikunado, fueron perseguidos, confinados y aun sentenciados á muerte por la decapitacion ó el *hara-kiri*. (*) El poder de Yedo combatia abiertamente la voluntad del Mikado, y se preparaba la lucha que, en las nuevas circunstancias del Japon, habia de tener un desenlace tan definitivo como inesperado.

La guerra comenzó como suele comenzarla un partido exaltado é impotente contra el fuerte. Varios asesinatos de extranjeros tuvieron lugar en las cercanías de Yedo y de Yokohama; fueron atacadas las residencias de las legaciones; y por último, el día 23 de Marzo de 1860, fué asesinado el Regente Yi-Kamon-no-Kami al dirigirse en su litera al Castillo del Taikun.

El móvil de estos asesinatos era el fanatismo anti-extranjero; sus autores eran por lo comun gentes del pueblo, que creian hacer un servicio á su país y á su soberano el Mikado, *castigando* á los «bárbaros» y á sus protectores. Los asesinos, segun costumbre japonesa, se proveian de un documento escrito en que expresaban los motivos de su resolucion. El de los asesinos del Regente decia que «Yi-Kamon-no-Kami, orgulloso de su poder, habia desobedecido la voluntad del Emperador y siendo su principal idea el comercio y las relaciones extranjeras, les habia abierto los puertos, habia perseguido y matado á los príncipes, á los nobles y á otros hombres patriotas; que en vista de estos crímenes, que ni el cielo ni la tierra podian tolerar, ellos (los asesinos) sin poder refrenar su indignacion, castigaban al Regente en el nombre del cielo.»

(*) Véase la página 356.

El asesinato de Yi-Kamon-no-Kami y el terror consiguiente á este atentado, debilitaron la energía del Gobierno de Yedo; en su mismo seno hubo quien opinara por la expulsion de los extranjeros, y se dió el caso de que uno de los ministros, del partido anti-extranjero, despues de una violenta discusion sobre este tema, se retiró á su casa y, con toda solemnidad, reunido todo su séquito, se suicidó abriéndose el vientre (*hara-kiri*.) Hechos como este, sin duda no son propios de la cultura europea, pero revelan grande sinceridad de convicciones, siempre simpática, cualesquiera que sean las ideas que se profesen.

Durante algun tiempo el Gobierno de Yedo no pudo garantizar la seguridad de los extranjeros; así lo declaró, instando porque se retirasen á Yokohama, y no frecuentasen el *Tokaido* (carretera principal) y la ciudad. Castigaba, cuando podia, á los autores de algun atentado contra ellos; pero luchaba realmente contra la opinion, y hubo momentos en que parecia relajarse su decision por los tratados y relaciones internacionales, en vista de la actitud de la Corte del Mikado y de la exaltacion del pueblo.

En 1861 parecian reconciliados los dos Gobiernos, pues una hermana del Emperador fué á Yedo á ser la esposa del Taikun, y el Ministro de Relaciones Exteriores de éste, Ando-Tsúshima-no-Kami, que ya habia estado á punto de ser víctima de un asesinato por sus opiniones favorables á los extranjeros, se separó del gabinete. Sin embargo, el Gobierno del Shogun continuó observando los tratados, y protegiendo el comercio hasta donde era posible. Estas transacciones eran solo una tregua entre la pasada lucha y la nueva y decisiva que se preparaba.

Las desaveniencias entre el Mikado y el Taikun habian comenzado por sus distintas miras sobre la admision de los extranjeros. El primero, representante de la política secular de su nacion, se encerraba en la teoría

y habia contestado con el «non possumus» á las proposiciones de tan trascendente innovacion. El segundo, obligado á dar curso á los hechos, y ante las exigencias prácticas de las naves armadas de Occidente, sucumbia al progreso y abria las puertas del claustro. El primero era el soberano, el segundo el delegado, ¿de parte de quién se pondria la nacion en un conflicto en que estaban comprometidas todas las ideas, todas las costumbres, todas las tradiciones de 2500 años?

Tras la cuestion que concernia á los «bárbaros,» tomó forma la cuestion política interior. Si el Shogun desobedece la voluntad del Emperador, ¿por qué no sale de Kioto el *Carro del Fénix*, el Mikado, y á la cabeza de la nacion castiga la desobediencia y expulsa á los extranjeros? Los nobles estaban tiranizados por el Taikun; el pueblo sufria á consecuencia de la alza de precios que habia ocasionado el comercio extranjero; ¿no tendria el Emperador el apoyo del pueblo y de los nobles?

Así habló el Príncipe de Satsuma, poderoso magnate marchando á Kioto al frente de sus *samurai* y de los *ró-nin*, ó partidas armadas que se habian alzado en varios puntos del país, pidiendo la expulsion de los «bárbaros.» Bien pronto se le unieron el Príncipe de Chóshiu ó de Nagato y el Príncipe de Tosa, grandes señores que pesaban mucho en la balanza del poder territorial y militar, y otros dáimios de segundo orden siguieron sn ejemplo.

Seguramente que el Emperador no estaba acostumbrado á oír un lenguaje de ese tono. Pero aunque le hablaban hombres armados, y se atrevian á aconsejarle una política determinada, estos hombres eran al fin sus partidarios y estas políticas era la de la restauracion de su supremacia efectiva.

Un Comisionado Imperial partió para Yedo, llevando ciertas órdenes del Mikado. Lo escoltaba el Príncipe de Satsuma al frente de una fuerza armada. Se exigia de Taikun que asociase á su Gobierno cinco dá-

mios, segun lo disponia una antigua ley, y ademas, al Príncipe Hitótsu-Bashi, que habia sido algun tiempo antes el candidato del partido anti-extranjero para la dignidad de Shogun. El Emperador prevenia que, organizado así el Gobierno de Yedo, procediese á llevar á efecto la *expulsion de los extranjeros*, segun era su deber. Mas tarde, otra comision del Mikado se presentó en Yedo previniendo al Taikun que compareciese en Kioto.

El Shogun manifestó que cumpliria todas las órdenes del Emperador. Mas aun: bajo la presion de los magnates que se alzaban y hacian causa comun con su soberano legítimo, la Corte de Yedo derogó las leyes que obligaban a los dáimios a resistir una parte del año en esta capital, y á dejar como rehenes á sus familias cuando partian para sus dominios. Con estas declaraciones, el Gobierno del Shogun confesaba su impotencia, el poder efectivo pasaba al Emperador; el Taikunado quedaba moralmente muerto.

Los extranjeros, entretanto, resentian en todos sus intereses y pretensiones cada uno de estos golpes que Kioto descargaba sobre Yedo. El Taikun apenas podia protegerlos contra los atentados de que eran víctimas. Nuevos asesinatos tuvieron lugar; la legacion inglesa fué incendiada; las trabas al comercio aumentaban cada dia. Una embajada del Gobierno del Taikun partió para Lóndres á obtener directamente del Gobierno inglés que se difiriese la apertura de otros puertos que se habia prometido; cada franquicia comercial era motivo de multitud de resistencias, discusiones y notas diplomáticas; las vacilaciones, las evasivas que en cada asunto que los ministros diplomáticos trataban con los del Taikun, revelaban que el Gobierno de éste no era libre para seguir una política propia y resuelta. Los europeos pedian el castigo de los autores de algun atentado contra ellos y las indemnizaciones pecuniarias en que han acostumbrado á trasformar sus reclamaciones diplomáticas; y

el Gobierno de Yedo, tan pronto alegaba su impotencia, como accedía al pago y daba el espectáculo de una decapitación ó de un hara-kiri. Llegó un momento en que las legaciones extranjeras no se creyeron seguras sin una escuadra en las aguas de Yokohama, y el ministro inglés hizo venir a la que estaba en Hong-Kong. Vencería el Mikado ó vencería el Shogun; pero las potencias marítimas no soltarían la presa que tenían ya entre sus fauces, y se salvaría la causa del comercio y de la civilización.

En esta situación llegó el año de 1863. El Taikun, en obediencia de las órdenes del emperador, partió para Kioto. Hacían 230 años que no se daba el caso de una visita semejante, y la capital sagrada brilló con la presencia de ambos soberanos y de sus Cortes. La mayor parte de los daimios acudió con su séquito de samurai, y toda la nación política y militar se encontró reunida al derredor del trono del Mikado.

Este movimiento no era solo de ceremonias, de recepciones y de fiestas; eran principalmente un gran movimiento político. El Taikun daba explicaciones de su conducta, y parecía ponerse á las órdenes de su soberano; los daimios esperaban la resolución del Emperador sobre la cuestión de los extranjeros; los samurai y demás clases militares murmuraban y pedían la expulsión de estos, y el Mikado y su Corte pensaban en restaurar su propia y verdadera supremacía.

Varios hechos correspondieron á estas expectativas. El Emperador reunió á los daimios, y excitó su patriotismo para que le ayudasen en la empresa de «barrer á los feos bárbaros del territorio del Imperio y de restablecer la política de sus divinos antecesores.» Manifestó que deseaba oír la opinión de los samurai y de todas las clases del pueblo, aun las más bajas; recibió las visitas oficiales y los ricos presentes con que el Taikun le rendía pleito homenaje; y por último, quebrantando su clausura, salió con este á visitar ciertos templos fuera de Kioto,

y recibió los respetos y aplausos del pueblo, que acudió á postrarse á su paso y á adorarlo. El *Carro del Fénix* mereció entónces, mas que nunca, su nombre; porque exhibia á la multitud la resurreccion y no las cenizas de la simbólica ave.

Pero el Fénix, y los Príncipes, y los belicosos, y el pueblo de Kioto estaban en las nubes. Los ministros del Taikun, el Comisionado Imperial y todos los que se habian quedado en Yedo frente á los diplomáticos y á los navíos extranjeros, estaban en la tierra. Mientras el Emperador resolvía la expulsion y proyectaba la campaña, el cuerpo diplomático en Yokohama urgía con vehemencia por el cumplimiento de todo lo pactado en los tratados. El ministro inglés exigía, cada vez en tono mas áspero y amenazador, la satisfaccion y la indemnizacion de \$ 600000 reclamados por los últimos atentados contra los súbditos británicos, anunciando al mismo tiempo que la escuadra procedería á hostilizar el territorio del Príncipe de Satsuma, cuyos samurai eran los autores de uno de los últimos asesinatos.

El Gobierno de Yedo presentaba excusas, pedia plazos y manifestaba que, no obstante su buena voluntad, nada podía resolver en un negocio tan grave, sin la presencia del Taikun. Al mismo tiempo expresaba á los ministros extranjeros su grande alarma por el giro que tomaba la opinion contra ellos, y declaraba que no podía responder ya por la seguridad de las legaciones y de los comerciantes de Kanagawa y Yedo.

El 24 de Junio de 1863, el cuerpo diplomático recibió en Yokohama una doble sorpresa. Varios carros cargados con pesos mexicanos trajeron á la legacion inglesa la cantidad á que ascendían las últimas reclamaciones, no obstante que se habia convenido en que seria pagada en abonos. Pero aun no acababa de contarse el dinero, cuando á cada uno de los enviados diplomáticos, le fué entregada una nota del Ministro de Relacio-

nes del Shogun, en la que se decia que «en atencion á que el pueblo del Japon no queria tener ninguna especie de relaciones con los extranjeros, el Gobierno del Taikun habia recibido órdenes del Mikado para que estos fueran expulsados, y cerrados los puertos al comercio; que el Gobierno debia ejecutar aquellas órdenes, y lo avisaba así de antemano.»

¿Creia la Corte de Kioto terminar de esta manera una y otra cuestion? Los ingleses embarcaron el dinero, y la contestacion del cuerpo diplomático no se hizo esperar. En ella se declaraba que «la órden audaz que se le comunicaba seria considerada como una declaracion de guerra por parte del Japon contra las potencias signatarias de los tratados; que grandes males vendrian á este país por un hecho que no tenia igual en la historia de los pueblos civilizados; y que seguramente, ni el Soberano espiritual ni el Soberano temporal (el Mikado y el Taikun) del Japon, comprendian ese atentado y sus consecuencias.»

Pero la verdad era que el Taikun y su Gobierno sí comprendian todo esto. Lo probaba toda su conducta anterior al recibir á los extranjeros, y todas sus dificultades y angustias cuando no pudieron ya resistir al grito popular y á la política reaccionaria de Kioto. Un hecho muy notable y significativo vino á confirmar cuan distinto era el prisma al traves del cual se veian las cosas en Yedo. El príncipe Hitótsu-Bashi, quien como se recordará, era el Comisionado Imperial en Yedo para imponer á este Gobierno la política del Mikado, y quien habia sido algun tiempo antes el candidato del partido anti-extranjero, partió para Kioto y declaró «que no era posible la expulsion de los extranjeros ordenada por el Emperador.» El Príncipe «hacia dimision de su cargo y esperaba su castigo.»

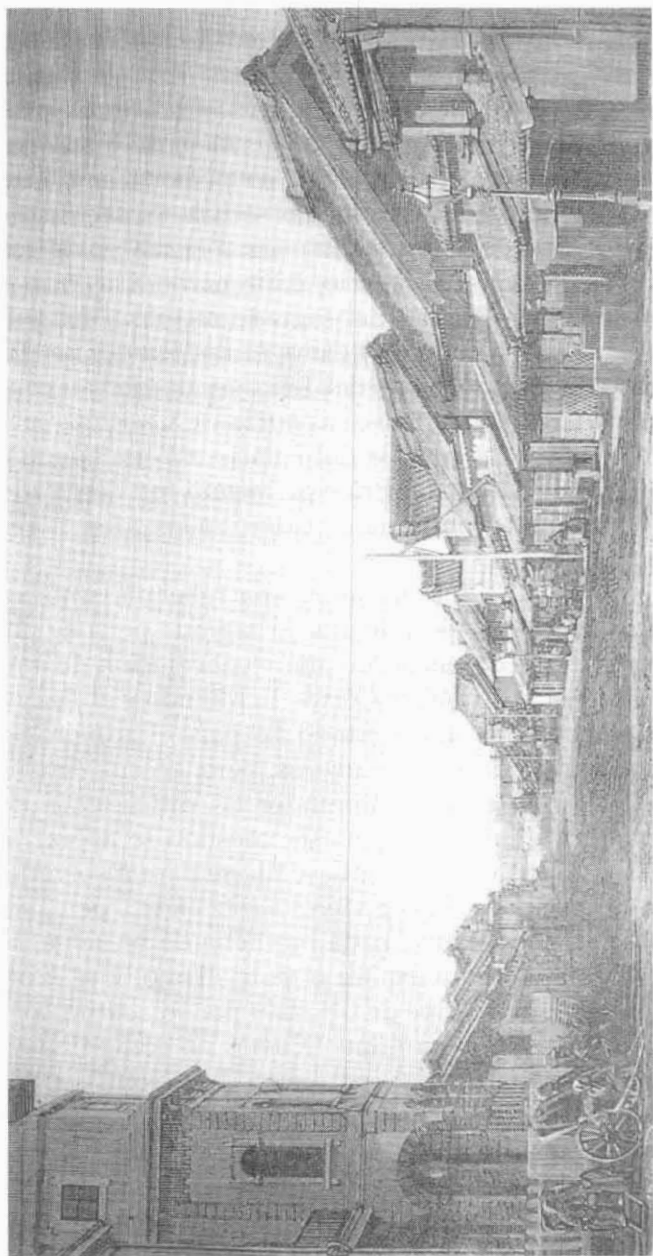
Esta declaracion tan explícita y caracterizada, debió modificar mucho las ideas de la Corte Imperial.

Sin embargo, no se prescindió, por parte del Mikado, del plan de expulsar á los extranjeros. En cumplimiento de órdenes suyas, varios buques mercantes fueron hostilizados por el Príncipe de Chóshiu, al pasar frente á las costas del territorio de este daimio. El grito de guerra contra los «bárbaros» y contra su protector, el Gobierno del Taikun, cundia por todo el país.

Fué preciso responder á estas hostilidades. La escuadra aliada de las potencias contratantes, se dirigió al territorio de Chóshiu, y despues de un combate en que no encontró grande resistencia, destruyó las baterias y derrotó a las tropas del Príncipe. Despues procedió á hostilizar el territorio del Príncipe de Satsuma, que no habia consentido todavía en la satisfaccion é indemnizacion que se le reclamaban por el asesinato que sus subordinados habian cometido en la persona de un súbdito ingles. Las fuerzas de Satsuma sucumbieron tambien.

Estos hechos militares influyeron mucho en la situacion. Satsuma cambió de ideas, y convencido de la superioridad militar de los extranjeros y de la imposibilidad de expulsarlos, trató con ellos, satisfizo la indemnizacion y se adhirió á su partido. El Gobierno de Yedo tomó una actitud mas resuelta en contra del plan de expulsion; urgió en Kioto por que se permitiese la vuelta del Taikun, retenido allí por el Emperador, y retiró, probablemente de autoridad propia, la órden que habia comunicado sobre la clausura de los puertos y ruptura de las relaciones internacionales. Esto era casi la rebelion contra el Mikado.

Quedaba, sin embargo, en pié el Príncipe de Chóshiu, como el mas celoso partidario de la expulsion. Su influencia en la Corte del Emperador era de gran peso, porque los ministros de este pertenecian á su partido, y la guarnicion del Palacio de las Nueve Puertas estaba formada de samurai y soldados suyos.



Hon-tshio-dori (calle principal) de Yokohama.

Una intriga rápida lo despojó de tan ventajosa situación. Los partidarios del Taikun en Kioto, y ya con ellos el Príncipe de Satsuma, acusaron á Chóshiu de proyectar el plagio del Emperador para llevarlo á sus dominios, y obligarlo á emprender en persona la guerra contra los extranjeros. Para evitar semejante sacrilegio, el Príncipe de Aidsu y otros dáimios, á la cabeza de sus fuerzas, se dirijieron al Palacio, é intimaron á las tropas de Chóshiu que salieran del sagrado recinto. Este golpe de mano tuvo completo éxito; el Emperador se vió rodeado de los partidarios del Taikun y aprobó su conducta; los altos dignatarios, hechuras de Chóshiu, fueron desterrados; la guardia del Palacio encomendada á las tropas de Aidsu; y el Príncipe mismo fué declarado rebelde. Todo este cambio se consumó en las pocas horas de una mañana.

Ya esto no fué entónces una rebelion, sino un esfuerzo de lealtad para libertar la sagrada persona del Mikado. La consecuencia fué una reconciliacion de ambos soberanos y de ambas Córtes. El Mikado y el Taikun juntos, se condolieron del estado del país; el primero no quitaba la vista de los extranjeros; pero, en sus discursos oficiales, parecian comprender las dificultades de la expulsion, é indicaba que esta cuestion se aplazaria para cuando el Taikun se sintiese fuerte para resolverla. El Shogun recibia plenos poderes á este efecto; pero, sin contrariar el Emperador, nada prometia de presente; se libraban órdenes para exaltar el patriotismo, y se acordaba castigar al Príncipe de Chóshiu por su actitud contra los extranjeros. Seguramente estos no comprendian por entónces esta política, porque pedian explicaciones en notas diplomáticas colectivas. El desenlace habia de venir á demostrar que todo esto era simplemente una lucha de habilidad y de contempORIZACIONES entre dos poderes que se temian, que se respetaban y que pretendian cosas incompatibles.

Entretanto el Príncipe de Chóshiu era una bandera á cuyo derredor se reunían todos los descontentos. El partido anti-extranjero volvió á tener un centro en este magnate poderoso y en su territorio; creía ó esperaba que solo temporalmente habia perdido á Kioto y al Emperador. En 1864 varias partidas armadas se dirijieron hácia la capital para pedir humildemente al Mikado que volviera á su gracia al Príncipe, y que indultara á los funcionarios desterrados. El Emperador, bajo la influencia de sus nuevos consejeros, se rehusó á escuchar á los que se atrevían á sonar tambores y llevar banderas en las goteras de la ciudad sagrada. Pero ¿cómo hacer retirar á hombres resueltos que no creían venir á atacar al soberano, sino antes bien, á libertarlo del partido que lo rodeaba y le imponía ideas que no eran las suyas? Los peticionarios avanzaron sobre Kioto y fué inevitable un combate. El mismo sagrado Palacio llegó á ser invadido por los rebeldes, y hubo un momento en que parecieron triunfadores; gran parte de la ciudad fué incendiada; veintisiete mil casas fueron presa del fuego, entre ellas, diez y ocho palacios de los nobles de la Corte, cuarenta y cuatro *yashiki* (residencias señoriales) de los dáimios, y ciento setenta templos, grandes y chicos, de Shinto y de Budha. Al fin los invasores fueron rechazados y batidos despues fuera de la ciudad. Hitótsu-Bashi y los Príncipes de Aidsu y de Satsuma fueron los héroes de la jornada.

Simultáneamente la causa del Príncipe de Chóshiu sufría otro reves. La escuadrilla aliada de los extranjeros, dirigiéndose al territorio del Príncipe para reprimir nuevas hostilidades, efectuaba un desembarco y destruía los elementos de guerra del terrible dáimo. La necesidad de resistir este ataque, le habia impedido marchar personalmente sobre la capital; él y los suyos sucumbieron á fuerzas superiores; triunfaba el Shogun y triunfaban los extranjeros, es decir, triunfaba la causa de éstos. El Príncipe hubo de conocer su impotencia y,

como habia sucedido anteriormente con el de Satsuma, transijió con los «intrusos,» y se vió obligado á pagarles una fuerte indemnizacion. Solo conservó su actitud hostil contra el Gobierno del Taikun pero el gran cambio de política que pronto debia verificarse en el Japon, puso un feliz término á esta guerra civil.

A pesar de estas victorias, y no obstante la preponderancia que habian alcanzado el Taikun y su partido, era insostenible la posicion del Gobierno de Yedo entre las exigencias de los enviados diplomáticos y las resistencias y los planes del Emperador. Mientras este no sancionara los tratados, la nacion, ó mejor dicho, los dáimos y los guerreros estarian siempre dispuestos á combatir con ese pretexto el poder del Taikun. Las relaciones que este habia establecido con los «bárbaros» habian sido el estribo en que se apoyaron para pensar en la restauracion del poder del Mikado y en la destruccion del usurpador, á quienes los nobles comenzaban á ver como un dáimo igual á ellos, y que no tenia derecho para dominarlos. El Shogun tenia que estar engañando al Emperador, y que estar engañado á los extranjeros, y que estar deplegando la fuerza y la astucia contra los que, en aquellas circunstancias, creian representar la opinion nacional. Esta política no es ni conveniente ni posible, al ménos por un tiempo prolongado, en ningun país del mundo; y se hizo preciso dar un paso decisivo para definir la situacion.

A mediados del año de 1865 el Taikun, acompañado por la mayor parte de los ministros, marchó para Kioto. Allí expuso al Emperador el estado de los negocios con las naciones extranjeras, y le urgió por la aprobacion de los tratados. Hitótsu-Bashi y otros personajes influentes unieron sus esfuerzos á los del Taikun. Poco tiempo despues la escuadrilla aliada, procedente de Yokohama y trayendo á su bordo á los ministros de Inglaterra, Francia, Estados Unidos y Holanda, llegó á

Hiogo, puerto frente á la ciudad de Osaka, que está á poca distancia de la capital. Era la intencion de los diplomáticos que la gente de la Corte viera de cerca el poder de los buques de guerra, esperando que su contemplacion ejercería una saludable influencia sobre ella y sobre el pueblo. El pretexto de acercarse á aquellas aguas fué el de insistir con el Taikun y sus ministros, que allí se encontraban, sobre el despacho de los negocios pendientes, principalmente el de la aprobacion de los tratados; y así lo hicieron de un modo perentorio y sostenido. La presencia de los diplomáticos y de sus naves era un gran auxilio para el Taikun; el terreno estaba preparado; las exterioridades eran importantes; y el patrono de la causa de la civilizacion pudo hablar de una manera muy explícita.

En la exposicion que el Shogun dirigió al Emperador se leían frases como estas: «Es ley natural é inevitable que los pueblos se enriquezcan y se hagan fuertes mutuamente, cambiando sus productos.—Abstenernos de ralaciones exteriores, es demostrar un espíritu tímido y degenerado que lastima el poder de la dignidad del Imperio.—No puedo dar cumplimiento á vuestra orden de expulsion, porque nuestro pueblo no está preparado para luchar contra la superioridad de los extranjeros.—Me han notificado que si yo no arreglo estos negocios, vendrán ellos mismos á vuestro Palacio, á exigirlos de Vuestra Magestad.—Nuestra nacion se arruinará y sumbirá ante una guerra extranjera.—No escuchéis las voces de la multitud, sino consultad vuestra propia sabiduría.»

Si se tiene presente cuales eran las ideas de aislamiento que durante muchos siglos habian predominado en el Japon; si se recuerda cual era el profunco respeto que se tenia al Emperador y como se le hablaba; cuales eran sus ideas, repetidas veces expresadas contra los extranjeros; cual el desprecio de la Corte respecto de los «intrusos, feos, bárbaros;» y cual la delicada posicion del

Taikun en medio de las actuales agitaciones políticas del país, no podrá menos de comprenderse que el lenguaje de este funcionario envolvía, no solo una íntima convicción de la imposibilidad de romper con los extranjeros, sino la confianza de que la actitud de éstos y los derechos consumados habían producido ya una revolución en los espíritus, aún cuando todavía no apareciese en las manifestaciones.

El Mikado no pudo ya resistir. En el mes de Noviembre de 1865, esto es, diez años después de que habían celebrado y estaban en observancia los primeros tratados, el soberano legítimo del país los ratificó.

Esta ratificación ponía virtualmente fin á la guerra contra los extranjeros. Habría en lo sucesivo algunos fanáticos que recurriesen al asesinato, impulsados por esa exaltación que ciertas ideas arraigadas producen en cerebros débiles; habría aquí y allá algunos pequeños grupos de los que, refractorios á todo progreso, se rezagan y quedan como petrificados con las ideas que adquirieron en su juventud; habría, en fin, en las consecuencias y en los corazones esas luchas tan silenciosas como crueles entre un afecto consentido y una razón emancipada; pero no habría guerra nacional contra los hombres de Occidente, porque el Mikado, el semi-dios, el espíritu del pueblo japonés, los aceptaba. Y ese pueblo, que ya había sido bastante perspicaz para comprender la superioridad de los nuevos hombres, y bastante humilde y sincero para confesarla, desplegaría en lo sucesivo por deber, por subordinación á su Gobierno y á sus leyes y por la convicción del bien que alcanzaba, toda la benevolencia, toda la docilidad, todo el buen juicio y el espíritu de orden que le son característicos.

En diez años había quedado consumada la revolución contra una vida internacional de veinte siglos. Permanecía solamente en pie la cuestión política que tenía dividida á la nación entre el Mikado y el Taikun.

En setiembre de 1866 murió el Shogun Yyé-Mochi, y le sucedió, como jefe de la familia Toku-Gawa, el Príncipe Hitótsu-Bashi, quien desde entónces figura en la historia con el nombre de Toku-Gawa-Kéi-ki ó solo de Kéiki, y recibió en Enero de 1867 la investidura de Taikun en la ciudad de Kioto. (*) Durante el tiempo de la vacante, se acentuó mucho la idea de abolir el Shogunado y el de restituir todo el poder al Emperador, viniendo el principal movimiento en este sentido de los dáimos del Oeste, acaudillados por los Príncipes de Satsuma y Tosa, de acuerdo ya con el de Chóshiu, que habia dispuesto las armas por la mediacion de algunos nobles. El mismo Kéiki, previendo quizá el próximo fin de aquella institucion, vaciló en aceptar el cargo, y solo cedió, segun es presumible, á las exigencias de su partido, que teniendo antiguos y grandes intereses creados conexos en la institucion del Taikumado, no queria ver llegar el momento de una reforma que los atropellaba.

En situaciones de esta especie es difícil, casi imposible, que se opere un cambio sin que la lucha se lleve hasta el extremo. Los partidarios del Taikunado eran en aquellos momentos dueños de Kioto: habian ganado su causa en favor de los extranjeros, habian vencido á Chóshiu, el Emperador estaba por entónces con ellos, y por consiguiente no era su situacion la de ceder, y sí se creian fuertes para luchar. La institucion del Shogunado se salvó, pues, por lo tanto.

El nuevo Taikun no abandonó á Kioto, estrechó su relaciones con los ministros extranjeros, amplió los tratados, abrió al comercio el puerto Hiogo próximo á la capital y restableció la paz. En una palabra, aunque muy transitoriamente, brilló con todo el antiguo poder de sus predecesores.

(*) Los japoneses usan su nombre particular despues del de su familia, y así el último Shogun tiene Kéiki por nombre particular, siendo Toku-Gawa el de la familia. Sin embargo, algunos escriben hoy sus nombres como los occidentales, y entre otros el Ministro de la Educacion Pública, quien se firma Fuyimaro Tanaka, siendo Tanaka el nombre de su familia.

El Mikado Komei murió de viruelas en los primeros días de Febrero del mismo año de 1867. Su hijo Mutso-Hito, el actual Emperador y joven entonces de 15 años, subió al trono, y por su corta edad, se le nombró un tutor ó Regente.

Aunque este acontecimiento parecia ser y efectivamente era favorable al Taikun, porque el regente era de su partido, sin embargo, los dáimos, que en su mayor parte habian tomado ya una actitud resuelta contra el Shogunado y que por el momento sacudian su sumision al Emperador que era un niño, insistieron en su plan de abolicion. Esta vez se dirigieron por medio de exposiciones razonadas al Mikado y al Taikun, manifestando la necesidad y conveniencia de que hubiera un solo Gobierno central; de que la nacion, para prosperar en el interior y el exterior, tomase por modelo á las de Europa; y que la abolicion del Taikunado significaba realmente la abolicion del poder militar, cuya época habia pasado. Señalaban al mismo tiempo la inminencia de una guerra civil, que solo podria evitarse con el patriotismo de todos, y con devolver el poder al que todas las clases sociales consideraban como el soberano legítimo.

El Shogun Hitótsu-Bashi ó Kéiki, que era hombre de espíritu elevado y de sinceras y rectas intenciones, no desmintió en esta ocasion su conducta anterior. Como una abnegacion que la honra, presentó su abdicacion ante el Mikado y pidió que se convocase en Kioto á los dáimos y demas dignatarios para que se resolviesen sobre la futura organizacion del Gobierno.

El Emperador aceptó la abdicacion y ordenó convocar á los dáimos, encargando entretanto á Kéiki que continúe ejerciendo la autoridad que fuese neccsaria, principalmente en lo relativo á los negocios extranjeros. ¡Parecia esta una lucha de generosidad que prometia alejar la guerra!

Tan halagüeña perspectiva no pudo, sin embargo, realizarse gracias á la impaciencia de los enemigos



S.M. Mutso Hito, Emperador del Japon.

Nació el 22 de Setiembre de 1852. Se coronó el 28 de Agosto de 1865.

del Shogunado, que quizá desconfiaban de la sinceridad de Kéiki. El 3 de Enero de 1868 los Príncipes de Satsuma, de Tosa, de Aki, de Owari y de Echisen, á la cabeza de sus tropas, se apoderaron del palacio Imperial, arrojando de allí á las del Príncipe de Aidsu que lo guardaban. Rodearon al Emperador de partidarios suyos, y obtuvieron de este un decreto aboliendo el Taikunado «para que

todo quedase conforme á la constitucion establecida por Dgin-mu-ten-no; para que los nobles y las clases militares, sin distincion de rangos, se consagrasen á discutir de una manera conveniente los asuntos públicos, y para que cada uno se ejercitase en desechar el amor arraigado del lujo y de la oscuridad, y dirijiendose todos sus esfuerzos el bien del país.» Se permitió despues que Chós-hiu y sus tropas entrasen á la capital, y se devolvieron á este dáimo todos sus honores.

Kéiki, entretanto, reunió en la Ciudadela de Nid-gió a sus principales partidarios, á cuya cabeza figuraba Aidsu, y despues de conferenciar con ellos, dirijió una exposicion á la Corte manifestándole que, conformé á sus primeras órdenes, continuaria ejerciendo el poder hasta que el Consejo de los Príncipes determinase cual debia ser la organizacion futura del Gobierno.

Este principio de rebellion contra los últimos decretos del Mikado, se convirtió en rebellion abierta por los consejos beliciosos de Aidsu. Kéiki se retiró á Osaka con todas sus tropas, á fin de apoderarse militarmente de la principal línea de comunicacion que tenia la capital. La Corte en respuesta á este acto de hostilidad, prohibió á Aidsu, y despues de conferenciar con ellos, dirijió una exposicion á la Corte manifestándole que, conforme á sus fuerzas de entrada á Kioto, considerándolas ya como rebeldes.

En Osaka recibió el ex-Shogun á los ministros extranjeros; y á la pregunta que estos le hicieron respecto de la autoridad con quien en lo sucesivo deberian entenderse, contestó refiriendo sus primeras intenciones pacíficas, la falta á lo estipulado por parte de los que rodeaban al Emperador, y por último que él seguira al frente de los negocios hasta que la Junta de los Dáimos resolviese la cuestion pendiente.

Llegadas las cosas á este extremo, la Corte comprendió sin duda que habia procedido con imprudencia,

é intentó volverlas al terreno de las negociaciones. Envío emisarios á Kéiki invitándolo á dejar su actitud hostil, y ofreciéndole un puesto elevado; pero el ex-Taikun, con la experiencia adquirida, no debió tener confianza en estas promesas, y aunque expresó otra vez sus rectas intenciones, insistió en el cumplimiento de los primeros convenios. En seguida, por instigacion de sus partidarios, se decidió á marchar sobre Kioto en son de guerra para libertar al jóven Emperador de sus nuevos consejos.

Las tropas de Kioto, que desde entónces se llamaron «ejército leal,» y apellidaban á las de Kéiki «ejército rebelde,» tomaron posiciones cerca de la capital en el camino de Osaka. Aunque inferiores en número, eran superiores á las rebeldes por su artillería, de modo que éstas fueron rechazadas en los primeros encuentros, y poco despues sorprendidas por el ejército leal. Por otra parte, algunas fuerzas del ex-Shogun se pasaron á las del Emperador, de donde resultó una série de derrotas que obligaron á Kéiki á retroceder de nuevo hasta Osaka.

La desmoralizacion de sus soldados no le permitió resistir allí otro ataque, y en la noche del 31 de Enero, saliéndose de la ciudad, pasó sin ser conocido á bordo de un buque americano, y despues pudo ganar uno de sus propios vapores en el que se dirigió á Yedo. Entretanto, las tropas imperiales ocuparon á Osaka, y atacaron y redujeron á cenizas su antiguo castillo.

Apenas habia llegado el ex-Shogun á Yedo, cuando un noble de sus principales consejeros, Hori-Kurano-Kami, le manifestó su opinion de que debia abrirse el vientre, pues solo la muerte podria salvar el honor de la familia Toku-Gawa; y en prueba de que obraba por motivos desinteresados, prometió Hori suicidarse al mismo tiempo que su señor. Kéiki, sin embargo, no creyó que habia llegado el caso de hara-kiri y entónces Hori se retiró á otra habitacion del Palacio, y llamando á sus subordinados, se destripó con toda la solemnidad en

su presencia. «Es imposible dejar de admirar,» dice Mr. Adams, «el heroísmo y los delicados sentimientos del honor de este hombre, que con entera calma se destripó considerando que la vida no era ya soportable despues de ofuscado el esplendor de la casa, y que se habria atrevido á aconsejar á su gefe.»

La Corte de Kioto no permanecia inactiva. Con motivo de la festividad con que celebró la mayor edad del Mikado y su toma de posesion del Gobierno, expidió proclamas ofreciendo la amnistía por los delitos pasados, con excepcion de las personas que continuesen en las filas de los rebeldes. Al mismo tiempo declaró la guerra á Kéiki, acusándolo de traicion por haber renunciado al poder solo en apariencia y haber enviado despues tropas sobre la capital. El jóven Emperador dirijió tambien una nota á los diplomáticos extranjeros participándoles el fin del Taikunado, ratificando los tratados y avisándoles que el título de «Emperador» deberia reemplazar al de «Taikun» en los mismos tratados. Público á la vez una proclama anunciando á su pueblo que «habia resuelto conservar tratados de amistad con las Potencias Extranjeras; que la voluntad imperial queria que nobles y plebeyos caminasen de acuerdo en este sentido, para hacer brillar la gloria nacional entre todas las naciones; y que desde los dáimos hasta los samurai, y desde estos hasta el pueblo, debian cooperar con la mayor diligencia al mismo fin.»

Una manifestacion semejante hicieron públicamente los principales nobles, «reconociendo el error de cerrar el país á los extranjeros;» aconsejando que «se cultivasen con ellos relaciones de amistad, y que ya no se les designase con palabras despreciativas;» y finalmente, que «era necesario establecer para el futuro un Gobierno fuerte.» Un decreto imperial prohibe poco despues, bajo penas severas, ofender de cualquiera manera á los extranjeros, y manda que, en caso de ofensa contra ellos,

los individuos pertenecientes á las clases privilegiadas sufran previamente la degradacion, y en seguida el castigo correspondiente al delito.

Casi desde ese momento cesan los actos de hostilidad contra los extranjeros, ó por lo ménos toman el carácter de conflictos puramente accidentales, y á veces provocados por los extranjeros mismos, que á menudo no manifiestan suficiente prudencia y política para respetar las costumbres japonesas. Esta completa trasformacion de las antiguas ideas, y aun la corta duracion que debia tener la guerra civil, á pesar de que la rebelion representaba intereses creados durante 700 años por la institucion del Taikunado, son á la verdad sorprendentes, y prueban de la manera mas palpable el buen juicio, el valor y la docilidad del pueblo japonés.

Sin dejar de proseguir activamente la guerra contra los rebeldes, el jóven monarca inaugura su reinado con el juramento del «Pacto de los Cinco Artículos,» base de la nueva constitucion del Estado, y que contiene la promesa de importantísimas reformas. (*) Se hace mas accesible, se deja ver de su pueblo y sale personalmente á pasar las revistas de su ejército y de escuadra. Poco tiempo mas tarde, expide un nuevo decreto aboliendo las exajeradas manifestaciones exteriores de respeto á su persona.

Mientras se proclamaban en Kioto estas reformas, la antigua capital del Taikun presenciaba un espectáculo

(*) El «Pacto de los Cinco Artículos,» jurado por el Emperador en Kioto el tercer mes del primer año de Meigi, en presencia del Príncipe de Nabëshima, de los Kugué ó nobles de la Corte y de los dáimos, no se halla en la obra de Mr. Adams; pero se publicó en el *Journal des Débats* de París, durante mi residencia en esa ciudad. Es el siguiente: «1.º Provocar reuniones generales en todo los puntos del Imperio para discutir los negocios públicos, que serán decretados en seguida por el Gobierno. (Derecho de reunion y discusion.)—2.º Union de todos, sin distincion de grandes ni pequeños, para la mayor prosperidad del país. (Fraternidad.)—3.º Unidad de Gobierno y libertad individual.—4.º Abolicion de los usos no conformes con los principios de la moral universal.—5.º Buscar la forma de Gobierno y proclamarla.»

Restablecida la paz y consolidado el Gobierno, el Emperador ha empezado ya á cumplir sus juramentos. En Marzo de 1875 promovió en Osaka una Junta de dignatarios, de la que resultó la creacion del Senado y la Corte de Justicia.

no ménos digno de admiracion: Kéiki desistía públicamente de sus pretenciones al poder. Aunque arrastrado al principio de la lucha por las sugestiones belicosas de Aidsu y demas partidarios del Shongunado, sus pocas esperanzas de buen éxito, ó antiguo patriotismo, se sobrepusieron á las ideas de la ambicion. Dió entónces órdenes á Katso-Awa, gefe de sus fuerzas para que estas depusieran las armas, y para que «las dirijieran contra él mismo, mas bien que dirijirlas contra las tropas imperiales.» En seguida salió del Castillo y se retiró al monasterio de Ueno.

Sin embargo, muchos de sus partidarios no obedecieron esta orden, y tanto en Yedo como en otros varios puntos continuaron la guerra, formándose una coalicion de las provincias septentrionales y orientales contra las meridionales y occidentales, que desde mucho tiempo atras querian la abolicion del Taikunado. El ejército imperial ocupó en Abril de 1868 los fuertes y la bahía de Yedo, é intimó rendicion al gefe que estaba aun en posesion del Castillo de los Taikunes, prometiendo á Kéiki y á la familia Toku-Gawa el perdon de la pena de muerte en que habian incurrido para tomar las armas contra su soberano, y conmutándola en la de confinamiento á Mito.

El ex-Taikun se sometió á esta sentencia y partió desde luego para el lugar de su destierro. Las tropas que ocupaban el Castillo se rindieron, con excepcion de unos 2500 hombres que huyeron hácia el Norte. La escuadra de Kéiki permaneció en su fondeadero de Shinagawa negociando los términos de su rendicion, y las fuerzas de Aidsu se retiraron á su montañoso país, con el fin de proseguir la guerra.

Despues de la rendicion del Castillo, la ciudad de Yedo quedó gobernada militarmente por las tropas leales, miéntras que la administracion municipal estaba todavía en manos de los partidarios de la familia Toku-

Gawa. La heterogeneidad de autoridades por una parte, y por otra el descontento de los vencidos, ocasionados por los castigos que se impusieron á sus principales gefes y por la pobreza á que de pronto quedaron reducidos, produjeron un nuevo alzamiento en la ciudad. Los descontentos se reunieron y se hicieron fuertes en el gran templo de Ueno. Los imperialistas los atacaron allí, y despues de una vigorosa resistencia, fueron derrotados los rebeldes, gracias á la buena artillería de los asaltantes. El magnífico templo quedó reducido á escombros y cenizas.

A pesar de todos estos desastres, seguia la guerra en las provincias del Norte y del Este, dirijidas principalmente por Aidsu y Sendai. Muchos combates tuvieron lugar, por lo general favorables á los imperialistas, quienes iban ganando terreno sobre la coalicion. Hacia la mitad del año, el grueso del ejército leal concentró todas sus fuerzas para obrar contra el Príncipe de Aidsu, que era el caudillo mas importante de la rebelion. A fines de Octubre el ejército imperial puso sitio al Castillo de Wakamátsu, último reducto de Aidsu y su partido. Pocos dias despues, el fuerte capituló, y una vez destruido el principal foco de la revolucion, los demas dáimos fueron sucesivamente deponiendo las armas, quedando así casi terminada la guerra civil, que tan amenazadora se habia presentado al principio.

Solo quedaba por someter la isla de Yedo, en donde una fraccion de los descontentos habia acometido la loca empresa de establecer una República. Segun se recordará, dejamos á la escuadrada del ex-Taikun en Shinagawa negociando su rendicion. Constaba de 8 á 10 vapores de guerra y trasportes, con poco mas de 3000 mil hombres. Repentinamente desapareció de su fondeadero, y bajo el mando de Enomoto Kamayiro y de algunos oficales franceses aventureros, se dirigió á la isla de Yeso, hoy Hokaido. Ocupó allí el puerto de Hokada-

te, desembarcó á su gente, ya reforzada con muchos de los revolucionarios, y se apoderó de otras poblaciones del interior. En seguida proclamó la República á fines de 1868 ó principios de 1869.

La escuadra imperial no pudo estar lista para operar sobre Hokaido sino hasta el 21 de Abril de 1869. Constaba de siete vapores, á lo cuales se reunieron otros ingleses y franceses con el fin de proteger á sus nacionales. En Mayo efectuó algunos desembarcos y derrotó á los rebeldes en varios encuentros. Poco á poco fueron estos perdiendo sus conquistas, y reducidos finalmente á la plaza de Hakodate, se rindieron despues de algunos combates navales. Los aventureros franceses, instructores, ó instigadores de los revolucionarios, se entregaron prisioneros en un buque de su nacion, y reclamados por su ministro, fueron enviados presos á Saigon.

Destruida felizmente la revolucion armada, era palpable la necesidad de organizar un Gobierno fuertemente centralizado, para establecer en el país la cohesion, relajada del todo en aquella época por el régimen feudal. Gobernadas hasta entónces las provincias por Príncipes poderosos y casi independientes, se habia creado un órden de cosas incompatibles con la unidad de la nacion y que constituia ademas una continúa amenaza de nuestras guerras civiles. Indispensable era, pues, cambiar de una vez y radicalmente este sistema. Comprendiéronlo así los dáimos; la reaccion en favor de un solo Gobierno central se propagó y se generalizó entre ellos; y una vez aceptado este gran principio del progreso, les sugirió una de la mas bellas y nobles acciones que puede registrar la historia.

Los Príncipes de Satsuma, de Chóshiu, de Tosa y de Hísen, presentaron al Emperador un memorial ofreciéndole sus riquezas, sus propiedades y sus súbditos, con el fin de robustecer al Gobierno central. Los demas dáimos siguieron el ejemplo de estos, en tan gran mayoría, que de cosa de 300 magnates que contaba el Japon,

solo 17 dejaron de proponer al soberano la devolucion de sus feudos.

El Mikado aceptó estas ofertas, considerándolas unánimes, pues no exceptuó de la devolucion á la insignificante minoría de los nobles. Dispuso que los antiguos dáimios continuasen al frente de sus provincias, aunque solo en calidad de simples gobernadores, y se reservó el derecho de la aprobacion de los empleos hasta entónces conferidos; ordenó que se hiciesen nuevos censos para distribuir de una manera mas equitativa la propiedad territorial; y por último, abolió los títulos de «dáimo» (señor feudal) y de «kugué» (noble de la Corte), reemplazándolos con el de (Kasoku» (familia noble). El régimen feudal quedó, en fin, definitivamente destruido.

Desde Noviembre de 1868 habia abandonado el Emperador su antigua capital de Kioto, no sin algun disgusto por parte de sus habitantes, para establecerse en Yedo. Con este motivo se cambió el nombre de esta última ciudad en el de Tókió ó Tokei, que significa: «Capital del Este,» y sin duda se hizo así para demostrar que no se le daba una gran supremacía sobre Kioto ó la «Capital del Oeste.» Tambien instituyó entónces la nueva era cronológica de «Meidgi,» y por último, perdonó á Kéiki, Aidsu y demas gefes de la vecina rebelion. (*) En Febrero de 1869 se casó con la Princesa Haruko, de la familia Ichi-dgió.

El Gobierno ha seguido desde esa época una manera regular, siempre dentro de la senda progresista que se trazó al triunfar de la revolucion, y casi sin ver de nuevo amargada la paz pública, á pesar de las grandes dificultades con que ha luchado para centralizar el poder. Una de las mayores ha sido, sin duda, la de sostener

(*) Mejor informado hoy sobre la significacion de la palabra *Meidgi*, creo que debe traducirse por *Gobierno Ilustrado*. Sirva esta traduccion para corregir la que hice en la nota de la pág. 197.

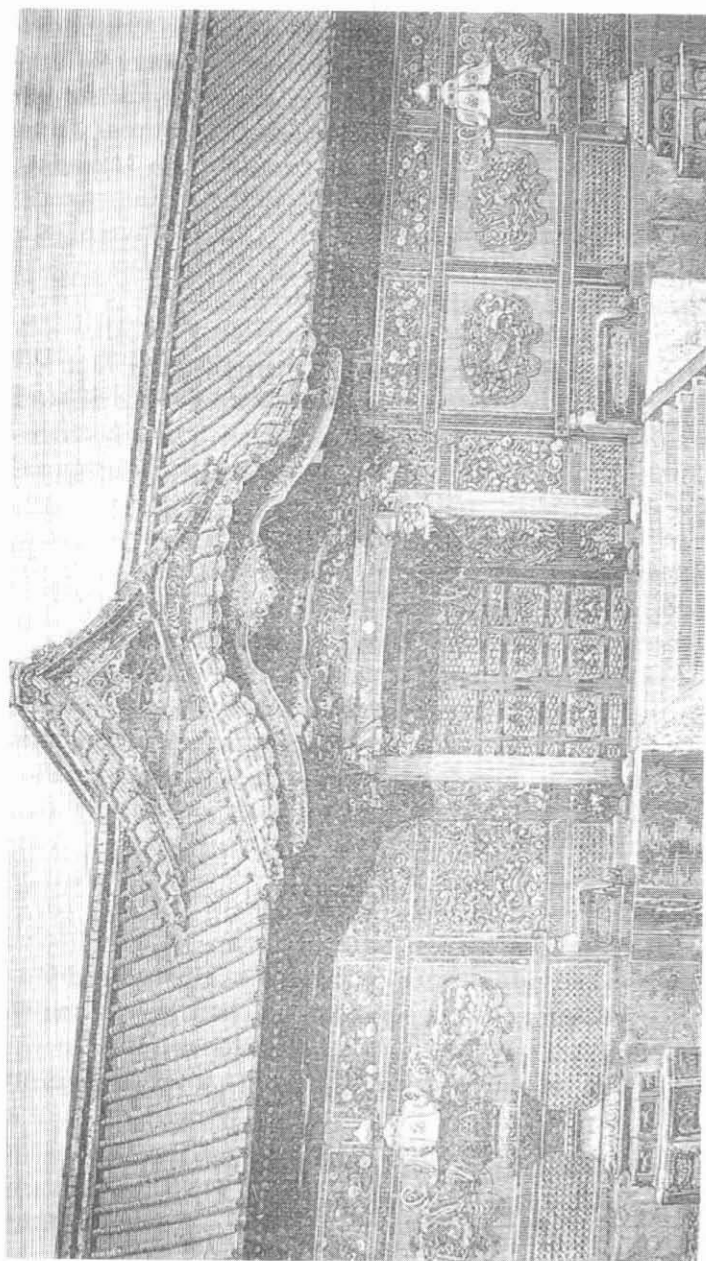
por lo pronto á la numerosa clase militar de los samurai, y la de procurarle trabajo pacífico y porvenir independiente. Al recobrar el Emperador los antiguos feudos, cada uno de los cuales tenia señaladas pensiones hereditarias ó vitalicias en favor de sus correspondientes samurai, tuvo que reconocerlas; y por consiguiente que emplear en ellas, y las pensiones que asignó á los dáimos, una buena parte de las rentas públicas. Sin embargo, la base que estableció en 1873, para la amortización de esta deuda, fué la de pagar la renta de seis años, la mitad al contrato y la otra mitad en bonos con 8 por ciento de interes, á los samurai que cedieron voluntaria su renta hereditaria; y á los que gozaban una renta vitalicia, la suma correspondiente á los cuatro años, en los primeros términos que á los primeros. Me parece que el plazo de todos estos pagos fenece de 1877 á 1879. Muchos de los samurai, despues de haber prescindido de su doble espada, han principiado á dedicarse á ocupaciones mas pacíficas, como son el comercio, las artes, etc., pues por lo general son hombres educados é inteligentes, y otros desempeñan puestos de mas ó menos importancia en los diversos ramos de la administracion.

De todas las reformas que llevó al Japon el mundo occidental, la introduccion del Cristianismo es tal vez la que ha hallado una oposicion mas unánime y prolongada. Y esta aversion «á la mala secta» como le llamaban los japoneses, no ha provenido precisamente de fanatismo ó intolerancia, pues creo que nunca se ha mostrado ni se muestran actualmente demasiado apegados a sus creencias religiosas, sino mas bien de la idea que tienen, alimentada por la tradicion, de que los misioneros cristianos tendian á turbar la paz interior del Imperio. Refiere Mr. Adams, que Kido, distinguido samurai, le daba la definicion del misionero diciendo que «era un hombre enviado al Japon para enseñar á los japoneses á desobedecer las leyes de su país.»

Hoy, sin embargo, está ya tolerado el Cristianismo, y muchos japoneses lo profesan libremente. Templos católicos y de diversas sectas protestantes existen en las ciudades frecuentadas por los extranjeros, y aun en la sagrada Kioto, antiguo santuario de los Mikados. A pesar de esto, las religiones nacionales siguen siendo las de Shinto y de Budha, que aunque lo relativo al culto difieren algo entre sí, predicán ámbas los tres principios siguientes en que están contenidos los preceptos de acatamiento á la autoridad y á las leyes, y de amor a la patria, también obedecidos por el pueblo japonés. «1.º Respetad á los dioses y amad á vuestro país. 2.º Seguid los consejos de vuestra conciencia y observad las leyes de nuestra moralidad social. 3.º Sed sumisos al Emperador y obedeced sus mandatos.»

Las relaciones internacionales á que se manifestaba tan adverso el Japon hace pocos años, han tomado hoy un gran incremento. De 1854 á 1874, quiere decir, en un período de 20 años solamente, ha entrado en relaciones de amistad y comercio con todos los países que, por el orden cronológico de la celebración de sus respectivos tratados con aquel Imperio, mencionamos á continuación: Estados Unidos, Inglaterra, Rusia, Holanda, Francia, Portugal, Prusia, Suiza, Bélgica, Italia, Dinamarca, España, Suecia y Noruega, Alemania, Austria, Sandwich, China y Perú. ¿Puede darse cuenta más elocuente de que el Japon llegó por fin á convencerse de que en este siglo el aislamiento es incompatible con la prosperidad de un pueblo, y de que la creación de intereses extraños, en su seno, es también hoy la mejor garantía de su paz interior y de su independencia?

Con respecto á la organización del Gobierno Central después de la revolución, podemos decir que hasta 1874 el poder supremo residía en tres cámaras: la *Sei-in* (Cámara Superior) ó Consejo Privado, la *U-in* (Cámara de la Derecha) ó Consejo de los Ministros y la *Sa-in* (Cámara de la Izquierda) ó Consejo de Estado.



Entrada al Templo de Siura en Tóquio.

Las funciones de estos tres cuerpos creo que no estaban bien claras ni sus atribuciones netamente definidas, á causa sin duda de la gran concentracion del poder en manos del Emperador. Parece, sin embargo, que la *Sa-in* era una especie de Asamblea deliberante, mas bien consagrada á iniciar las leyes que á legislar; y la *U-in* una Junta formada por los Ministros y los Subsecretarios. En cuanto á la *Sei-in*, tiene, á su cargo la administracion general, la religion nacional, las relaciones extranjeras, las declaraciones de guerra, los tratados de paz y de amistad, el ejército, la marina, etc. Es presidida personalmente por el Emperador, y está formada por el *Dai-yo Dai-yin* (Primer Ministro) y por varios consejeros.

En Abril de 1875, segun dijimos en otra parte, la administracion sufrió una gran reforma con la supresion de la *U-in* y de la *Sa-in*, y la creacion de la *Dai-shin-in* ó Corte de Justicia y del *Guen-ro-in* ó Senado. Aunque no conocemos todavía la organizacion de estos últimos cuerpos ni sus atribuciones, es probable que tengan por objeto la separacion de los poderes Judicial y Legislativo, y acaso su mayor independencia del Ejecutivo, sin que no obstante pueda suponerse que sea grande esa independencia.

El Poder Ejecutivo se ejerce por ocho Ministerios, ademas de la Casa Imperial, y son los de Negocios Exteriores, Hacienda, Justicia, Guerra, Marina, Educacion, Obras Públicas, y Cultos.

A pesar de que en estos apuntes de la historia del Japon, los estrechos límites que nos trazamos no nos han permitido transcribir ningun documento, no podemos resistir al deseo de terminarlos copiando íntegra la proclama con que el Emperador acompañó el decreto en que creó el Senado y la Corte de Justicia. Revela este documento un deseo tan sincero de progreso, y realiza reformas tan importantes, que tal vez sea el mas á propósito para dar á conocer cual es el espíritu que reina hoy en el Gobierno y en el pueblo japones. Dice así:

«Al principio de mi advenimiento al trono, reuní a los principales de mis súbditos y juré delante de Dios el *Pacto de los Cinco Artículos*.

«No buscando mas que el bien de mi país, consagré todos mis esfuerzos á los intereses de mi pueblo. Si hasta hoy hemos gozado de una feliz tranquilidad, estoy convencido de que se debe, tanto á las divinas inspiraciones de mis antepasados, como al concurso decidido de todos.

«Poco tiempo ha trascurrido desde que el poder se concentró en mis manos, y ya se ha hecho manifiesta la necesidad de numerosas reformas. Cumpliendo, pues ahora mi juramento en toda su extension, decreto un *Guen-ro-in*, que deberá establecer la base de nuestras leyes, y una *Dai-shin-in* que quedará encargada de afirmar el Poder Judicial.

«Voy, ademas, á reunir en asamblea general á los prefectos de cada Departamento: deberán darme á conocer los deseos del pueblo, y discutir el bien público.

«Me esforzaré en establecer un Gobierno Constitucional, feliz al ver que todo el mundo se regocije de ello conmigo.

«Que no por un exagerado amor al pasado, se rehuse todo progreso! ¡Que no por un exagerado amor al progreso, se pretenda avanzar con demasiada precipitación! Tal es el mas sincero de mis deseos.»

